



Gustav Klimperbein

De Hermann Mensing

übersetzt von Sandra Ramirez Serna



Él no es grande, ni es pequeño.
Él no es tonto y mucho menos idiota.
¡Pero gordo, gordo sí es!
Casi tan gordo con un oso.
Su nombre es Gustav, Gustav Klimperbein.



Gustav vive en una casa en una ciudad grande. Cuando Gustav sale de casa todo a su alrededor es grande. Grande y delgado. Las casas, los autos, las personas, incluso los perros que sacan a pasear, y todos están muy ocupados. Gustav no.



A Gustav le gustan los árboles grandes, a los que uno puede abrazarse; los autos grandes, en los que hay mucho espacio; los perros grandes, con los que uno puede jugar; y las libretas de ahorros abultadas para nunca ser pobre. Además le gustan los aviones grandes, los barcos grandes, los bocadillos grandes, las personas gorditas y las mantas gruesas. Y lo que más ama de todo es a su mamá gordita, a su papá gordito, a su loro gordo y a sus tres gordos peces dorados.



Todo estaría bien, si no fuera por un problema: ¡los delgados se burlan de él!
—¡Gustav barriga tambaleante! —gritan cuando entra al patio de la escuela.
—¡Gustav cerdito tintineante!
—también.
—¡Gustav barriga tintineante! —a veces.
—¡Gustav pierna tambaleante! —de vez en cuando. Pero lo que más les gusta gritar es:
—¡Gustav barriga temblorosa!

¡Barriga temblorosa! ¡Cerdito tintineante!
¡Todo debe estar distante!



Le resulta difícil soportar las burlas. Pero no quiere contárselo a nadie. Ni siquiera a su mamá, ni a su papá. Quiere encontrar una solución, pero él solo. Él piensa y piensa.
—¡Ignóralo! —grita una voz dentro de él.
—¿Ignó qué?
—¡Ralo! —grita la voz nuevamente—
¡Ilg-nó-ra-lo!
¡No escuches! ¡Haz oídos sordos!
¡Que te resbale! ¡Se acabó!



Cuando la tarde cae sobre la ciudad, se desliza por la puerta trasera hacia el pasillo, sube sigilosamente las escaleras, entra en su habitación y cierra la puerta con llave.
—¡Gustav! —llama su madre.
No hay respuesta.
—Gustav, ¿qué haces allá arriba?
Vamos a cenar.

El estómago de Gustav ruge como un león hambriento, pero Gustav ha decidido seguir pensando en su habitación hasta que sepa, lo que debe hacer. Pero entonces llega su padre y lo convence de abrir la puerta.
—¿Qué pasa? —pregunta.
—¡Grrrrrrr! —responde Gustav.
—¿Problemas?
—¡Grrrrrrr!
Y como eso le ha hecho sentir bien, les cuenta toda la historia a sus padres.
—¡Ay, ay, ay! —dice su padre, rascándose la cabeza.
—¡Maldita sea! —dice su madre.



De repente, frente a la puerta se oye un ladrido aterrador
— ¡Iré a ver qué pasa! —dice Gustav.
Él no tiene miedo en absoluto.
Simplemente va a la puerta principal azul y la abre.
¡Y entonces lo ve!
¡Al flaco!
¡Al esquelético!
¡Al grande!
¡Al grandulón!
¡Al aterrador!
Al perro más aterrador de todos los tiempos.



Este perro está sentado allí
Gustav no le quita los ojos de encima.
El perro lo mira fijamente.
Gustav dice: —Buenos días.

— ¡Guau! —ladra el perro y comienza a mover la cola alegremente.
— ¡No hay peligro! —grita Gustav— Es un perro.
— ¡Ven! —dice Gustav.



El perro se abre paso junto a Gustav y marcha hacia la cocina.

— ¡Ahí está el perrito! —dice la madre de Gustav, asustada.

El perrito se pone de pie sobre sus patas traseras, coloca sus patas delanteras sobre sus hombros y le da una lamida en la cara de un lado a otro con su lengua.



El perro tiene ojos tan grandes como los huevos de Pascua.
Y una boca tan grande como la de un tiburón de dos metros.
Sus orejas son tan grandes como trapos de cocina.
Su pelaje es enmarañado y su cola es tan delgada como la de una rata.



—¡Guau! —hace él, se sienta y mira a todos amigablemente.
El padre de Gustav extiende cuidadosamente una mano y le acaricia la cabeza.
El perro comienza a temblar de alegría.
La madre de Gustav lo mira fijamente.
Gustav está en las nubes.
¡Nunca dejará ir a este perro!
—¡Está tan delgado! —dice la madre de Gustav— Seguro que tiene hambre.
—¡Guau! —ladra el perro.



Gustav le da su cena.
Un plato de espagueti con carne molida.
El perro da un mordisco y el plato queda vacío.

El perro se acerca mucho a Gustav y le mira radiante con sus ojos enormes.



Claro que el perro duerme en la habitación de Gustav.
Claro que Gustav le cuenta todo sobre sí mismo por la noche.
Claro que Gustav le da un nombre.
¡Lo llama Flaco!
Al perro le gusta.
Cuando Gustav llama ¡Flaco!, él mueve la cola.
Cuando Gustav dice ¡Flaco, siéntate!, él se sienta.
Cuando Gustav dice ¡Flaco, dame la patita!, él le da la patita.



Cuando Gustav se prepara para ir a la escuela por la mañana, Flaco insiste en acompañarlo.
—¡Eso no es posible!” —dice Gustav.
Flaco gruñe.
—¡En serio! —dice Gustav.
Flaco muestra sus peligrosos dientes.
—¡Tienes que quedarte aquí! — dice Gustav— Volveré pronto.
A Flaco se le erizan los pelos del cuello.
Gustav no tiene elección, ata a Flaco a la pata de su cama.

Flaco aúlla cuando Gustav se va.



En la escuela todo es como siempre.
—¡Barriga tambaleante!
¡Cerdito tintineante!

¡Todo debe estar distante!
Gustav prueba lo que se ha propuesto: No escucha en absoluto.

Finge que no le afecta para nada.
No es fácil.
Pero durante el recreo largo, funciona mejor hacer oídos sordos.



Cuando Hans Lange grita barriga tambaleante, una sombra tan gris como el amanecer cruza el patio de la escuela y se detiene frente a Hans.
La sombra gruñe.
Hans Lange se pone pálido.
Su cara está ahora completamente alargada.
La sombra muestra sus dientes peligrosos.
Hans Lange se queda paralizado.
Gustav reconoce la sombra.

—¡Flaco, siéntate! —grita.
Hans Lange se sienta.
—¡No, tú no! —grita Gustav.



Hans Lange está en cuclillas en el patio de la escuela.
Flaco se sienta a su lado.
Gustav viene.
—¡Flaco! —dice— ¿De dónde vienes?
Flaco tiembla de alegría y frota su frío hocico contra la nariz de Gustav.
Hans Lange se levanta con cuidado.
—¿Es tuyo, Gustav? — él pregunta.
—¿Lo escuché bien? —Gustav piensa— ¿Dijo Gustav?



—¿Es tu perro? —repite Hans.
—¡No! —dice Gustav— ¡Sííí! Yo - yo - eh - ¡todavía no sé!—¿Entonces qué, cerdito tintineante? Hans no ha terminado de hablar cuando Flaco ya le está mostrando los dientes otra vez.

Y no solo eso. Flaco agarra la pernera del pantalón de Hans y tira de ella con fuerza.

Con tanta fuerza que Hans cae de espaldas.



—¡Buen perro! —dice Hans suplicante—
¡Perro obediente!

—Flaco, déjalo ya —dice Gustav.
El recreo ha terminado.
Flaco se agacha junto a la puerta de la escuela y espera.

Gustav se lo ha dicho.
En la clase de Gustav todo gira en torno a Flaco.

¡Quieren saber de dónde viene!
Cómo se llama.
Cuántos años tiene.

Y si come personas y así sucesivamente...
—Sí —dice Gustav—, él puede comer personas.

—¡El cerdito tintineante tiene un devorador de hombres!



En ese mismo instante, se escucha a lo lejos un ladrido tan salvaje que todos se quedan paralizados.

—¡Vaya! —dice Gustav— ¡Flaco no quiere que me llamen cerdito tintineante!

—¡Pero es solo una broma! —dicen todos.

—Bonita broma —dice Gustav—. ¡No me hace gracia!



La escuela termina.

Flaco saluda a Gustav.

La cola delgada de rata se mueve de un lado a otro.

Los ojos grandes brillan de alegría.

—¡Vamos! —dice Gustav— A casa.

Los niños los miran.

También les gustaría tener un perro así.

Fin